

Nuevas subjetividades en torno a la producción cultural independiente en la pospandemia. Reflexiones impulsadas en diálogo con *Pandemónium* de Jorge Alemán

Por **Emiliano Rimoldi**

Quienes formamos parte de la gestión de espacios culturales alternativos y autogestivos padecemos de una forma similar el decreto del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) que rigió durante la pandemia de COVID-19: al cierre de los espacios y la consecuente pérdida de ingresos, se sumó una sensación de incertidumbre sobre el futuro de los proyectos a los que tanto tiempo y energía les dedicamos. En mi experiencia personal, el tránsito por la pandemia se superpuso al inicio del curso del Doctorado en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Entonces la incertidumbre inicial fue maridada con una nueva aproximación a debates científicos,

académicos y filosóficos en torno al quehacer cultural y su rol en la sociedad contemporánea. En ese contexto tomé la decisión de investigar las perspectivas laborales que se dan en el marco de los espacios culturales alternativos de la ciudad de La Plata.

Para estos espacios, el aislamiento obligado por la pandemia fue el pico de una creciente crisis que se arrastraba desde años anteriores. La problemática de las condiciones laborales en el marco de estos espacios ya ocupaba un lugar en el centro de la agenda de debates a raíz de dos procesos simultáneos. Por un lado, la crisis forzada por el experimento neoliberal que el gobierno de Cambiemos impuso entre 2015 y 2019 y que propició el surgimiento de nuevos espacios culturales que, a raíz

del deterioro de las condiciones de vida y la pérdida de puestos laborales, sirvieron como refugio para artistas, productoxs y trabajadorxs de la cultura en general. Sin embargo, el efecto de las políticas regresivas de distribución de los ingresos que acrecentaron las desigualdades económicas en nuestro país, generó una crisis de consumo que tuvo un fuerte impacto en el sector cultural y en el sostenimiento económico de los proyectos autogestivos.

La llegada de la pandemia en 2020 significó un punto de inflexión en esta crisis. El cierre obligado de los espacios culturales fue suplido a fuerza de subsidios estatales y aportes personales gracias a los cuales varios espacios culturales lograron “pasar el invierno”, aunque otros proyectos se quedaron en el camino. La “normalidad” se recuperó con varios aprendizajes y cambios que llegaron para quedarse. Este ensayo propone disparar reflexiones en torno a esos cambios, enmarcados en la crisis civilizatoria que atraviesa el mundo, y al rol que los Espacios Culturales Alternativos pueden ocupar para aportar a una salida inclusiva y emancipatoria.

La pandemia impulsó un vasto número de artículos y reflexiones de intelectuales a nivel internacional. Giorgio Agamben,

Slavoj Žižek, Judith Butler, entre otros, generaron reflexiones ricas e interesantes sobre lo que puede haber sido un punto de inflexión en la historia contemporánea. De esa vasta producción sobresale el libro *Pandemónium. Notas sobre el desastre*, del psicoanalista e intelectual argentino Jorge Alemán (2020). La razón por la que creo que este libro se destaca tiene que ver, principalmente, con una articulación teórico-práctica situada en la realidad de economías periféricas y pensando en las consecuencias sociales, políticas y económicas que la pandemia traería sobre nuestros pueblos.

Tuve un reencuentro con *Pandemónium*, a casi tres años de su publicación, cuando todo ha vuelto a la “normalidad” y la distancia nos permite pensar cuáles fueron los cambios vaticinados que realmente se están produciendo en nuestra sociedad. En ese marco, me surgió la pregunta acerca de los aportes que podemos realizar desde el campo transdisciplinario de la gestión cultural para pensar cómo la pandemia afectó a nuestros espacios y qué rol podemos ocupar desde este lado del mundo para aportar a superar la crisis civilizatoria. En términos generales, me inclino por pensar que el lugar que nos toca a quienes investigamos en el campo

de la gestión cultural es identificar las nuevas subjetividades que se están generando a partir de la crisis sociosanitaria y, más específicamente, contribuir a realizar las preguntas pertinentes para disparar la reflexión sobre los nuevos procesos subjetivos en torno –en este caso– a los Espacios Culturales Alternativos y la producción cultural independiente en la ciudad de La Plata, que disparen debates acerca del rumbo y el rol que estos deben tomar en el marco del cambio social.

Para analizar la pandemia y sus consecuencias es importante vincularla con el capitalismo y sus modos de producción y reproducción ilimitados. Como reza la frase de Fredric Jameson múltiples veces citada: es más fácil pensar en el fin del mundo que en el fin del capitalismo. Y es justamente allí donde radica su fuerza. Mark Fisher (2009), en su tesis sobre el realismo capitalista, analiza que la reproducción del sistema se basa en la ilusión de que el capitalismo es “el único juego al que podemos jugar”. Y en la pandemia el realismo capitalista cumplió su función. El virus SARS-CoV-2 causó una crisis sistémica de escala global, poniendo en jaque los pilares mismos del sistema, exacerbando la desigualdad y desnudando las redes de poder global. Sin embargo, nunca se puso en duda el sistema

capitalista. Como plantea Alemán, los gobiernos de países occidentales quisieron salir de la crisis sanitaria “no, como dicen, para salvar vidas, sino para salvar al propio capitalismo [...] y que la maquinaria siga funcionando, una vez más, aunque sea generando mayor pobreza e injusticia social”.

Entonces, ¿el capitalismo no tiene salida?, ¿no existe una alternativa emancipatoria a la actual crisis sistémica? Bueno, sí parece haber emergido algún cuestionamiento durante la pandemia: los límites del modelo neoliberal de reproducción capitalista y la autorregulación del sistema a partir de las leyes del mercado. Y es que la salida de la pandemia, si existió tal cosa, no pudo darse si no fuera por una revalorización del rol del Estado y de la intervención de sus instituciones en todos los ámbitos de la sociedad. En el sistema de salud estuvo claro: en nuestro país fuimos testigos del esfuerzo económico, político y humano que en los efectores públicos marcó la diferencia y garantizó una atención universal para toda la población. En las organizaciones de base del ámbito cultural también se contó con el apoyo estatal para garantizar la supervivencia. Programas de subsidios como el Fondo Desarrollar, Puntos de Cultura, el fondo ASAP (Asistencia a Sectores Afectados por la Pandemia) y

otras políticas de gobierno garantizaron el pago de alquileres, servicios básicos e insumos necesarios para pasar el aislamiento. El Ingreso Familiar de Emergencia, los subsidios para el pago de salarios, los préstamos a tasa 0 de los bancos estatales y otras políticas para monotributistas y autónomos aportaron un piso para el sostenimiento económico de millones de argentinos, incluidos los trabajadores de la cultura.

Pero el esfuerzo del Estado no fue lo único, y en los sectores donde este no llegaba o donde su ayuda era insuficiente, emergió una enorme red comunitaria y solidaria que se gestó “desde abajo”. En el ámbito de la cultura, las asociaciones de artistas y trabajadores, los gremios y las redes de espacios culturales conformaron estas redes de contención repartiendo bolsones de alimentos, insumos y todo lo que hiciera falta a quienes el aislamiento social no les permitía sostener sus fuentes de ingresos. Hay múltiples experiencias de cómo la organización comunitaria funcionó de sostén fundamental en diversos ámbitos sociales, y el de las industrias culturales alternativas fue uno de ellos.

Retomar estas experiencias en la pospandemia resulta fundamental para pensar

una de las claves de la propuesta de Jorge Alemán para la salida de la crisis: construir un retorno de la relación Estado, sociedad y comunidad. Los Espacios Culturales Alternativos, anclajes territoriales de organización comunitaria y de producción artística y cultural, donde se generan puestos de trabajo desde lógicas cooperativas y autogestivas, tienen un lugar de vacancia para ocupar en esta tríada. Pueden formar parte en tanto contribuyan a una reorganización desde las bases, una relocalización de las organizaciones para contribuir al cambio cultural emancipatorio y soberano que corte el derrumbe civilizatorio al que nos está llevando el sistema capitalista: “Y es que si no emerge una organización en cada lugar desde su derecho soberano, dispuesta a comprometerse con la justicia de su población, continuar la explotación, la desigualdad estructural, y el capitalismo demostrará que puede seguir con su engranaje, aunque sea en medio del caos, provocando que sean los más vulnerables los que paguen el precio más alto derivado de la pandemia mundial” (Alemán, 2020).

Otro tema que analiza Jorge Alemán en *Pandemónium* es que el escenario de la pandemia propició el crecimiento de las ultraderechas en todo el mundo. Este

En el ámbito de la cultura, las asociaciones de artistas y trabajadores, los gremios y las redes de espacios culturales conformaron estas redes de contención repartiendo bolsones de alimentos, insumos y todo lo que hiciera falta a quienes el aislamiento social no les permitía sostener sus fuentes de ingresos. Hay múltiples experiencias de cómo la organización comunitaria funcionó de sostén fundamental en diversos ámbitos sociales, y el de las industrias culturales alternativas fue uno de ellos.

crecimiento se manifiesta como resultado de una operación absolutamente calculada. En Argentina se ve con claridad el crecimiento de una derecha liberal radicalizada que ya venía en ascenso pronunciado hacía algunos años, pero que se apoyó en las restricciones decretadas durante la pandemia para crecer sobre la base de una posición anticuarentena. Estas derechas fomentan discursos de odio que pueden ser analizados desde el marco teórico propuesto por Marc Angenot (2010), ya que disputan su lugar en el discurso social a partir de correr los límites de lo decible y lo pensable en nuestra época. Una manifestación clara de este corrimiento fue el intento de magnicidio perpetrado contra la vicepresidenta Cristina Fernández el 1° de septiembre de 2022. En ese acto se condensan una serie de cambios sociales que

desde la pandemia son cada vez más visibles. El pacto logrado desde el retorno de la democracia en 1983, que definía los terrenos de disputa política en los límites de la paz social, se vio alterado por un hecho de violencia sin precedentes en los últimos 39 años. Con esto no quiero decir que no existía violencia política en Argentina (los muertos en las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001, el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, la desaparición no esclarecida de Santiago Maldonado, la muerte de Mariano Ferreyra, entre otros casos, demuestran que la violencia seguía teniendo un rol en la política). Pero el atentado contra una figura institucional (la vicepresidenta de la Nación) y con el peso político que tiene Cristina Fernández, representa el punto más alto de un modo de acción promovido

por esta ultraderecha emergente que presenta, por un lado, algunos elementos novedosos y, por otro, varios puntos de contacto con el conservadurismo tradicional.

Uno de estos elementos novedosos es la disputa en algunos terrenos que históricamente pertenecieron a los movimientos populares. En la ciudad de La Plata tenemos un ejemplo concreto: la apertura del Centro Cultural Kyle Rittenhouse. Hasta el surgimiento de este espacio a fines del 2021, no existían antecedentes de espacios culturales de derecha en nuestra ciudad. Este espacio –que lleva el nombre de un asesino supremacista norteamericano– se autopercebe como “anti-comunista y anti-ideología de género”. Promueve discursos negacionistas, en contra de las políticas de memoria y reparación histórica, y reivindica abiertamente a represores de la última dictadura militar. Fue tristemente célebre los días posteriores al atentado contra Cristina debido a un video difundido en las redes sociales donde sus gestores brindaban por la acción y lamentaban que el arma haya fallado.

El crecimiento de estos sectores de derecha interpela directamente al movimiento de Espacios Culturales Alternativos y a la cultura independiente de nuestra ciudad. La

reconstrucción desde las bases de la organización colectiva para la lucha ante la crisis civilizatoria del capitalismo conlleva una responsabilidad en la disputa a estos nuevos discursos y estas nuevas derechas que surgen en el mundo. El campo cultural debe cumplir un rol en la construcción de subjetividades que desde la radicalidad y la crítica aporten, no a al sostenimiento del *statu quo* ni a la aplicación de políticas antipopulares, sino a la transformación radical del sistema que redunde en una mayor inclusión social y en una mejor distribución de la riqueza. Para la refundación como sociedad es necesario confrontar estos “neofascismos que se extienden por distintas geografías y son en realidad potentes garantes del discurso neoliberal del mundo”. Como define Alemán, en una analogía que luego del 1° de septiembre de 2022 toma una irónica resignificación, “parece que la ultraderecha es el plan B del neoliberalismo contemporáneo, una especie de bala en la recámara, si la ficción democrática no sobrevive a la pandemia y se hundiese del todo”.

Jorge Alemán también acierta al plantear, contrariamente a lo que otros intelectuales propusieron, que es muy difícil pensar que a partir de esta pandemia se vaya a producir necesariamente un colapso del capitalismo y que “la fractura de la desigualdad

podría todavía manifestarse con mayor crudeza”. Esta premisa puede verse en la salida de la pandemia durante los últimos años, donde Argentina mostró económicamente índices de crecimiento que no se vieron reflejados en una mayor igualdad y en un decrecimiento de la pobreza. El crecimiento en nuestro país significó, al contrario, mayor concentración económica y mayor desigualdad social (Salvia y Donza, 2021; Kessler y Assusa, 2021).

Como expuse al comienzo de este ensayo, la problemática laboral tomó el centro de la agenda de debates en el marco del movimiento cultural platense. Si bien es un eje que hace mucho tiempo tiene lugar en ámbitos de organización de trabajadorxs de la cultura, durante la pandemia adquirió más visibilidad. El 31 de octubre de 2020 se realizó el Veredazo Cultural, una acción colectiva de espacios culturales y artistas independientes en plena pandemia de COVID-19 en la ciudad de La Plata. Su objetivo: reivindicar y visibilizar las problemáticas de un sector al que el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio hizo brotar todas las problemáticas que venía acarreado hace ya bastante tiempo. “El arte es trabajo” sentenciaban los afiches en esa acción colectiva, consigna que reivindica un posicionamiento del trabajo cultural en el sistema productivo y da

cuenta de cómo en ese ámbito se generan puestos de trabajo que sostienen a personas y a familias enteras.

Hay una interesante reflexión sobre la cuestión laboral en el libro con el que dialoga este ensayo. Alemán propone algunas puntas para pensar la reconfiguración laboral en la pospandemia. En primer lugar plantea que la pandemia pone en crisis dos categorías políticas. Una se refiere a la cuestión de las demandas insatisfechas, “pues podría ocurrir que en muchos sectores de la población se presentara la demanda de ir a trabajar, más allá de las condiciones sanitarias, simplemente por tratar de sobrevivir [...] o que puedan preferir incluso el riesgo de la infección con tal de volverse a inscribir de algún modo en algún tipo de cadena productiva”.

Este análisis me resulta interesante porque se vio reflejado en una tensión que afectó las prácticas de todo el movimiento cultural platense, pero en especial de los Espacios Culturales Alternativos. Por un lado, la vuelta al funcionamiento de los espacios culturales alternativos y, en general, de los trabajadores de la cultura comenzó a darse al margen de los permisos y en el marco de restricciones todavía vigentes, a pesar de haber propuesto medidas de cuidado

(distanciamiento, capacidad limitada, disposición de artículos de higiene, etc.) y atendiendo a los datos epidemiológicos a la hora de realizar o suspender eventos. Pero por otro lado, se generó una dispersión de fuerza de trabajo que antes activaba en los Espacios Culturales Alternativos y que, por necesidad de supervivencia, se fue a otros ámbitos del mercado laboral cuando los espacios culturales cerraron. Entonces la cuestión de las demandas insatisfechas afectó doblemente a la cultura de la ciudad: a través de la reapertura forzada de los espacios y a través de la pérdida en su capacidad de producción.

La otra categoría política que Alemán plantea que se pone en crisis es la idea del “empresario de sí mismo”.

Y es que los estudiosos del neoliberalismo decían que la fuerza de trabajo de Marx había sido sustituida por un hombre económico, que ya se dedicaba todo el tiempo a generar él mismo el valor [...] pero con el desastre que se ha generado y con la cantidad de gente que ha quedado excluida, o bien ese sujeto aprende a participar en actividades comunitarias de algún tipo, o va a ser muy difícil sostener su trabajo en la nueva realidad.

Lo que se pone en crisis es lo que Hito Steyerl (2014), en el campo artístico, llama el arte-como-ocupación. Esta autora analiza que hemos transitado del trabajo a la ocupación. Y este tránsito no es terminológico, sino que en él se transforma el marco económico, el espacio y la temporalidad. Bajo el paradigma del trabajo hay una relación instrumental. Es un medio para un fin: se trabaja para un producto, una recompensa o un salario. Pero el traspaso a la ocupación no depende de un resultado, ni de una conclusión. Es un fin en sí mismo. No implica una remuneración, sino que el proceso contiene su propia gratificación. El marco temporal deja de contener la linealidad de lo instrumental para ser el propio transcurrir del tiempo. El paradigma de la ocupación “mantiene a la gente atareada en lugar de darle un trabajo remunerado”. Mientras el trabajo produce sujeción a través de la alienación, en el paradigma de la ocupación la alienación se produce, paradójicamente, a través de la autonomía. Esta toma la forma de las nuevas ideologías dominantes de la flexibilidad y el autoempleo. El paradigma dominante en la actualidad es el del artista-empresario, que jugando su juego en el libre mercado tendría posibilidades de convertirse en el artista-empresario.

En este contexto, la consigna “El arte es trabajo” configura un posicionamiento de resistencia que implica un doble movimiento, a la vez de anclaje y de prospectiva. Al reivindicar la idea del artista-trabajador, se recupera la dimensión del sujeto, históricamente posicionado y ocupando un lugar en el sistema productivo. Esta recuperación del artista-trabajador como sujeto disputa directamente los sentidos comunes en torno al arte y configura una resistencia a la idea del arte-como-ocupación. Es un movimiento de anclaje, de posicionamiento y visibilización de un actor colectivo que se mueve, produce y se sostiene económica y espiritualmente a partir de esa producción, generando a su vez nuevos entramados y redes en la ciudad. Ese actor colectivo es el/ la trabajador/a cultural.

Pero a la vez es un movimiento prospectivo, porque al visibilizar la figura del artista-trabajador, da cuenta de un entramado productivo que configura industrias alternativas de producción, difusión, circulación, formación y consumo artístico.

La prospectiva implica la construcción de una visión de futuro, una mirada que pone en evidencia los proyectos, con su perspectiva ideológica muchas veces subyacente. Implica combinar en un justo lugar las

proyecciones y perspectivas a largo plazo con los acontecimientos que hacen mutar esas mismas perspectivas (Giordano, 2009).

Al poner luz sobre la existencia de estas industrias culturales alternativas –y al hacerlo en el marco de un evento de protesta ante la ausencia del Estado municipal frente a la crisis mencionada– se está planteando una mirada prospectiva que indica un camino posible para pensar el desarrollo de las industrias culturales alternativas en la ciudad. Un camino que posee un trasfondo ideológico donde se entiende, como propone Oscar Moreno (2016), que las industrias culturales presentan, “junto con su dimensión económica (inversión, facturación) y social (empleo), un tercer componente por el que expresa y dinamiza el capital simbólico de las sociedades”. El desarrollo de las industrias culturales por las corporaciones transnacionales enfrenta a las empresas nacionales pequeñas o medianas que producen en competencia con aquellas. Es por ello que “esas empresas nacionales pequeñas o medianas necesitan de formas de estímulo y protección por parte del Estado”.

En el marco de la pospandemia, la construcción de políticas soberanas desde los Estados nacionales se vuelve un eje fundamental en

la propuesta de Jorge Alemán, porque “si después del desastre no se abre la posibilidad para algunos países emergentes de apostar por construir soberanías de Estado, ello querrá decir que se darán disputas mundiales, después de saquear y desposeer a mucha parte de la población”.

El valor agregado de las industrias culturales en su función de expresar y dinamizar el capital simbólico de las sociedades, le da una perspectiva estratégica y soberana a la cuestión del arte y el trabajo autogestivo. La unidad del movimiento cultural y la visibilización del trabajador de la cultura como actor colectivo sientan las bases para superar la crisis que atraviesa el sector y discutir los modos de producción instaurados por el neoliberalismo. Expresa la potencialidad de construir industrias culturales que, en articulación con el Estado, aporten al desarrollo de la región y a la salida de la crisis.

El desafío pasa por saber que estamos en un tiempo histórico donde se debe reconquistar la soberanía popular y a la vez llegar a grandes acuerdos internacionales. Por un lado, dotarnos de Estados con gran autoridad simbólica y, por otro, grandes acuerdos internacionales sobre otro modo de habitar el mundo.

Retomar esta propuesta de Jorge Alemán desde la producción cultural independiente y desde los Espacios Culturales Alternativos de la ciudad de La Plata implica, como se plantea en el inicio de este trabajo, generar las preguntas disparadoras que ayuden a reflexionar en torno al rol que estas organizaciones deben tomar para salir de la crisis civilizatoria que atraviesa la humanidad.

Como pregunta Alemán: “¿Qué valor tiene la vida humana en una civilización construida desde el soporte competitivo (y de rendimiento), que en el neoliberalismo encuentra su máxima expresión y que se remonta a la modernidad?”. ¿Se puede pensar desde este punto la problemática laboral en el marco de los Espacios Culturales Alternativos? ¿Qué propuesta de salida a la pandemia generamos desde estos espacios para escapar a la lógica de la competencia y el rendimiento individual? Plantear la propuesta organizativa de los Espacios Culturales Alternativos como una resistencia del sistema, ¿no es contradictorio si hacia lo interno de ese movimiento se reproduce el modelo de auto y sobreexplotación? En ese sentido, ¿cuáles son las contradicciones que el movimiento cultural independiente tiene que superar para contribuir a generar una alternativa emancipatoria y una salida a la crisis civilizatoria en la que se encuentra el capitalismo?

El aporte de los Espacios Culturales Alternativos en la construcción de nuevas subjetividades en el marco de una sociedad cambiante puede ser central. Pero para que eso suceda, será necesario, también, generar una propuesta de reconstrucción de los sujetos que integran estas organizaciones. Como indica Jorge Alemán parafraseando a Luis Althusser, “una praxis exige que se transforme al propio sujeto de la praxis, porque no se trata únicamente de transformar a otros sino de transformarse a uno mismo [...]. Una ideología es alternativa cuando se mueve en la lógica del no-todo, de la incompletud, y no se clausura identitariamente”. Los Espacios Culturales Alternativos son espacios de identidades fluidas que se transforman a medida que se transforma la realidad, y a medida que nuevos discursos emergentes ponen en tela de juicio el *statu quo*, la desigualdad y el lugar a donde nos lleva el sistema capitalista. Tienen, entonces, la potencialidad para superar las contradicciones internas y aportar a la transformación de las subjetividades desde la praxis político-cultural. Es una responsabilidad que, en el marco de la pospandemia y la crisis civilizatoria que estamos transitando, debemos asumir quienes participamos en este sector ■

Bibliografía

Alemán, Jorge (2020). *Pandemónium. Notas sobre el desastre*. España: Ned Ediciones.

Angenot, M. (2010). *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI.

Fisher, Mark (2009). *Realismo capitalista*. Buenos Aires: Caja Negra.

Giordano, C. J. (2009). 23 Tesis sobre la Tesis. La comunicación para la transformación de la gestión educativa. (Tesis de doctorado). Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/35341>

Kessler, G. y Assusa, G. (2021). Informe sobre pobreza, desigualdad y exclusión social. Jefatura de Gabinete de Ministros. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/pobreza_y_desigualdad_editado.pdf

Moreno, O. (2010). *Artes e industrias culturales: debates contemporáneos en Argentina*. Eduntref.

Salvia, A. y Donza, E. (1 de diciembre de 2021). Salir de la pobreza, la desigualdad social y la crisis del empleo demanda un cambio de rumbo sistémico. *Voces en el Fénix*. Disponible en: <https://vocesenelfenix.economicas.uba.ar/salir-de-la-pobreza-la-desigualdad-social-y-la-crisis-del-empleo-demanda-un-cambio-de-rumbo-sistematico/>

Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Caja Negra.